



CAPÍTULO IX.

LA NUEVA ARTISTA.

ANTES de que la compañía dramática hubiera podido resolver el millón de dificultades que surjían de todos y cada uno de sus miembros; antes de que hubieran podido firmarse las contratas, se recibió la estupenda noticia de que arribarían á aquella ciudad, el Sr. D. Gervasio Miguel Romero del Campo y su señora doña María del Carmen Zubiría.

Como un chorro de agua fría vertido en un caldero de aceite hirviendo, la compañía entró en ebullición; una patada en un hormiguero no produce más alarma entre las hormigas, que aquel notición en la compañía dramática.

Nada valían las palabras empeñadas ante tamaña emergencia.

Unos creían que D. Gervasio no tendría teatro; otros que ya contaba con él; quién pretendía trabajar con D. Gervasio, por ser artista nacional; quién le denigraba; quién decía que era insoportable, otros fátuo, otros gran artista, aquéllos un caballero, otros un caribe; las damas decían que no se podía tolerar á Carmelita; aquéllas, que si era ó no era la mujer legítima de D. Gervasio; unas que era escandalosa, las otras que recatada y honesta; unas que medianía, otras que notabilidad; quién la llama perla y quién la apellida harpía; quién la desea y quién la huye; y el director, entretanto, como un general en la derrota en el centro del *totum revolutum* y de la desmoralización de las

masas, se tiraba de los pelos y pateaba viendo desvanecerse sus ilusiones de temporada cómica que no tenía más objeto que el de ponerse las botas.

Por fin huyó la dama, y el director se quedó sin brazo derecho. Se hacían remolonas las partes de por medio, y en la mayor de las tribulaciones, con el teatro contratado y contratada la música y hechos los gastos, la dama huyó y el director sacó orden de arraigo, y no alcanzaron á la dama, y la función se suspendió, y el público comenzó á silbar anticipadamente.

Pico, convaleciente aún, observaba desde su ventana el huracán de bastidores y oía rugir la tempestad cómico-artista, cuando vió venir al director con el chaleco desabrochado y el sombrero en la coronilla de la cabeza.

—¡Pico! gritó desde la calle, ¡estimable Pico! y subió la escalera á zancadas largas.

Impuso á Pico de su tribulación llorando sobre su campo, derrotado y mohino.

Isolina se dejaba ver apenas al través de la cortina transparente de una vidriera.

El director veía á la ex-figurante con el rabo del ojo, afanada en un quehacer de manos.

Pico se estaba preparando para dar un golpe maestro.

—¡Ah! exclamaba el director, daría un ojo por una dama!

—¿Pues la Julia? dijo Pico.

—¡Puff!

—¿Pues la Perez?

—¡Escoria!

—¿Y la chata?

—¡Ta! ¡ta! ¡ta! ¡La chata! ¿la chata? ¡quiáh!

—¿Y digo..... á sueldo?

—Por cualquier sueldo.

—¿Y condiciones?

—Paso por todas; me salva una dama.

—¿Por un abono?

—Por un abono.

—¿De seis?

—De seis

—¿Sería cosa de dar media talega?

—¡Hombre!.....

—Yo lo digo, porque.....

—¿Tiene usted dama?

—No, sino que.... por media talega.....

—¿Que valga la pena?

— Aprueba.

—¿Llenará?

—Arrebatará.

—¡Hombre! Pico. ¡Salvador!

—Pero con escritura y á aprueba.

—Redactémosla.

—Redactémosla.

Pico dictó en seguida las condiciones del contrato.

—¿El nombre? preguntó el director.

—En blanco.

—¿En blanco?

—Sí, lo llenaremos después de la prueba.

—Está bien, adelante.

—Escriba usted, dijo Pico.—La dama recibirá adelantados mil pesos.

—No, no es eso lo pactado, dijo el director levantando la pluma.

—Ya sé que son quinientos, pero no sabe usted que los actores celebramos dos contratos, uno público y otro privado.

—¡Ah! exclamó el director; esa dama tiene la pretensión de hacer creer que ha recibido mil pesos por seis funciones?

—Exactamente.

—Está convenido.

El contrato se cerró con las fórmulas y frases de estampilla, y lo firmaron el director por su parte y Pico como apoderado de la dama.

—¿Cuándo es la prueba preguntó el director.

—Ahora mismo, escuche usted.

Isolina, desde la pieza inmediata, se puso á recitar un *parlamento* de uno de los dramas más conocidos entonces.

El director levantó la cabeza y fijó el oído; Pico no le perdía movimiento ni gesto al director.

Isolina agregaba á las dotes personales de que ya hemos hablado, la de tener un timbre de voz extraordinariamente simpático.

Bastaba á cualquiera persona medianamente inteligente oír la manera con que Isolina recitó aquellos versos, para persuadirse de que no se trataba de una aficionada, ni mucho menos de persona que por primera vez arrostraba las grandes dificultades de la alta lectura.

Cuando Isolina guardó silencio, el director exclamó:

—¡Es una artista! ¿Pero en dónde he oído ya esa voz? ¿qué actriz es ésta?

—La prueba puede continuar, dijo Pico.

—¡A ojos cerrados! exclamó el director; no hay necesidad de más pruebas; se trata de una actriz; llenemos el nombre en el contrato.

—Escriba usted.

El director se sentó y tomó la pluma.

—¿Qué nombre? preguntó.

—Isolina Paz.

—¿Isolina la ex-figurante?

—Sí.

Apareció en este momento Isolina. El director se puso en pié, en la misma acti-

tud y con el mismo gesto con que hubiera saludado á Salvadora Cairón, ó á Teodora Lamadrid.

El director era otro hombre delante de Isolina, y aún se atrevió, cortándose más de lo que el caso requería, á dirigir á Isolina el siguiente *speech*.

—Señora,—Perdóneme usted si antes no había ofrecido á usted mis respetos; pero á la verdad estaba todavía encubierto para mí el misterio que la envolvía, y me congratulo de tender una mano amiga á la artista que ciñe..... que ciñe el laurel de la..... el laurel de sus triunfos. Mi compañía acaba de recibir un elemento de vida, que sobre honrarla tan brillante adquisición, tendrá el gusto de presentar al público una nueva joya del arte.

Isolina oyó el *speech* con natural modestia, y saludó sin ostentación al director, quien se retiró después de haber arreglado los preliminares de la función que iba á anunciar.

Al saber doña Atanasia lo que pasaba, exclamó:

—¡Ave María Purísima! ¿Se van á decidir ustedes á semejante calaverada? ¡Mucho cuidado con un fiasco! vea usted, hija mía, que una cosa es recitar versos en la sala, y otra es presentarse ante un público que..... ya verá usted, ya verá usted qué clase de monstruo de mil cabezas es ése que se llama público; aquí estoy yo que soy una de sus víctimas, y luego para lo que el oficio deja, hoy se trabaja y mañana no; hoy se come y mañana se ayuna.

—D.^a Atanasia, interrumpió Isolina, tendrá usted la bondad de presentar su cuenta?

—¡Mi cuenta! ¿Quién piensa en cuentas? yo llevo mi apunte en regla.

Pico estaba perplejo.

A la sazón llegó el empresario que volvía á cumplir su palabra, trayendo una orden de quinientos pesos para Isolina.

Doña Atanasia abrió los ojos hasta donde le fué posible, y empezó á convencerse de que Isolina debía ser una verdadera artista supuesto que entraba á la compañía con tan buen pié.

Un nuevo cumplimiento del director á Isolina, dicho con cierto acento de cortesano, acabó de determinar el pasmo de la vieja.

Cuando el director se retiró, después de haber arreglado algunas pequeñeces con Isolina, doña Atanasia creyó conveniente tomar también la palabra para felicitar á la artista.

—Pues mucho me alegro, hija mía, de los adelantos de usted, porque en fin, el talento Dios lo da; y supuesto que el director, á quien conozco como á mis manos, paga tan bien, no cabe duda en que usted deberá ser una verdadera artista. Si eso á legua se conoce; bien decía yo la primera noche: «ésta es una actriz,» en el modo de pararse en las tablas se le conoce; nada más que tanto usted como el pícaro de mi compadre Pico, han tenido no sé qué idea en ocultarnos á todos que usted era una grande artista; pero la felicito á usted y de nuevo la ofrezco mis servicios; yo tengo experiencia y puedo encargarme de todo lo que usted.....

—Gracias, señora, dijo Isolina.

El pobre de Pico fluctuaba entre la alegría y la tristeza; Isolina, cuya superioridad solo él había comprendido, ante su vista acababa de elevarse más y más, ya no solo en la carrera dramática, sino porque iba á proveer á las necesidades de todos, solo con un arranque de inspiración y de talento.

Pico pensaba que Isolina estaba destinada á separarse de él por medio de su superioridad y su talento, y esta elevación si bien enaltecía para él el objeto amado, no por eso se amenguaba en Pico el inmenso amor que profesaba á Isolina.

Cuando estuvieron solos, Isolina le preguntó á Pico:

—¿Por qué estás triste?

—¡Ay! Isolina por mi pequeñez y mi miseria; tú acabas de elevarte á mis propios ojos, dejándome á mí en el suelo de mi insuficiencia y mi pequeñez. Tú vas á ser una actriz de gran mérito, vas á probar esas agitaciones, esas impresiones violentas del triunfo y de la ovación; te vas á ver rodeada de

toda esa corte enojosa, compuesta de entidades de todo género, desde el pollo insustancial, hasta el literato; desde el inocente espectador, hasta el gran señor y el gran funcionario; tú vas á vivir en ese mundo del arte, que tiene tantos encantos y tantas ilusiones, mientras que yo que te amo tanto, seguiré siendo el oscuro apuntador, la ostra de esa concha de quien nadie hace caso, ni tú Isolina, porque ya no vas á tener tiempo de decirme que me amas, ya te faltarán los momentos precisos para hablarme de tu pasado y de tus pesares, y por último, vas á olvidarme.

—¿A olvidarte, Pico?... no te inculpo por esa palabra, aunque es muy dura, porque estás conmovido. ¿Cómo he de olvidar lo que está en mi corazón? ¿cómo dejaría de existir en mí la gratitud, á menos que dejase de existir mi corazón? ¡Ah! no temas que te olvide, porque así como tus sacrificios no pueden dejar de haber existido, así no puede dejar de existir para tí mi reconocimiento y mi cariño.

Te diré más, Pico, tu cariño va á ser mi apoyo; tu cariño me va á dar fuerzas. Yo sé que voy á entrar á un mundo, contra el cual estoy realmente prevenida; lo poco que he visto de ese mundo me ha horrorizado, y si no fuera porque á la vez hay en ese mundo, que se llama teatro, un astro que deslumbra, hubiera vacilado más en decidirme; pero ya trasluzco en el porvenir algo que por primera vez agita mi alma de una manera nueva y desusada; tal vez sea mi primera ilusión; sí, te lo confieso, la gloria del arte me deslumbra, y al comprender en mi misma inspiración, que acaso llegue á tocar esa gloria con las manos, siento algo regenerador y grande dentro de mí; al menos una compensación inesperada de mis sufrimientos.

—Lo comprendo, Isolina, y si en ese mundo en que vas á entrar, tu amigo Pico pudiera siempre colocarse á tu lado, te seguiría ávidamente; yo también estaría deslumbrándome con ese astro de gloria; pero no será así, el arte va á quitarme una parte

de tu alma, va á interponerse en nuestra intimidad algo que me robará dulces momentos y confidencias y alegrías.

—Tú siempre vivirás en mi alma, porque estamos unidos por un sentimiento noble y grande, y por grande y noble que sea la gloria, por mucho que me enajene, siempre tú vivirás en mi recuerdo y en mi corazón.

Al amor de Pico le espantaba la superioridad de Isolina, porque en la sabia armonía de la naturaleza, existe la ley de la superioridad siempre á favor del varón.



CAPÍTULO X.

LA PRIMERA REPRESENTACIÓN.

CON pocos ensayos y en pocos días, Isolina quedó en estado de presentarse al público, pues comprendía admirablemente las menores indicaciones del director de escena y llevaba la ventaja sobre los demás actores, de saber de memoria su papel.

Entre las figurantes, cayó como cohete la noticia de que Isolina iba á presentarse substituyendo á la primera dama de la compañía.